

'El banquete' de Platón: el vino, la verdad y el amor

El banquete de Platón (en las imágenes de esta página, el busto del filósofo y la obra del mismo título de 1873 de Feuerbach) forma parte de esos libros absolutamente centrales de la cultura occidental. Casi sobra decirlo. El psicoanalista francés Lacan sostiene de este libro, en un tono humorístico, que ostenta el privilegio de haber sido objeto de estudio y de atención tanto de los más variados textos libertinos como de los más seducidos libros "de curas". Ha tenido un impacto indiscutible en la elaboración de un mito del amor, más bien de "el" mito del amor. Amor platónico pasaría a designar aquel amor heterosexual que despuntaría en los albores de nuestra juventud, desprovisto de todo interés carnal, tierno, ingenuo y sin tacha. Sin embargo, ese amor es diferente del que trata el libro de Platón.

El banquete en el que participó Sócrates tiene lugar años antes de que Platón escriba, en el año 416 a. C., el diálogo inspirado en dicho encuentro. Desde el principio, lo que se narra acerca del acontecimiento está envuelto en ciertas neblinas, pues no es un testigo directo, un participante en el banquete, el que cuenta lo que pasó durante su transcurso, sino Apolodoro, un hombre que cuenta a su amigo, a nosotros, lo que le explicó Aristodemo, un participante en el banquete que estaba enamorado de Sócrates. Apolodoro dice a su amigo, con el fin quizá de dar veracidad a su relato, que lo que le cuenta Aristodemo se lo corrobora el mismo Sócrates: "He preguntado también a Sócrates algunas de las cosas que le oí contar y éste se mostró de acuerdo con el relato que me hizo aquél".

En el banquete participan diferentes personajes: Fedro, Pausanias, Erixímaco, Aristófanes, Agatón, Sócrates y Alcibiades, por orden de intervención. Después de que Sócrates se incorpore al banquete, a la mitad, los invitados y

Agatón, el anfitrión de la fiesta, acuerdan no emborracharse durante la reunión y exponer cada uno un discurso en alabanza del amor. Fedro centra su intervención en la antigüedad del dios del amor, en su abnegación, su virtud, y en el carácter divino del amante con respecto al amado.

Pausanias, por su parte, establece una dualidad en el amor, entre aquél que es celeste y aquél que es vulgar: "No todo amar ni todo Amor es bello ni digno de ser encomiado, sino sólo aquél que nos impulse a amar bellamente". Esta dualidad no coincide con exactitud con la polaridad moderna homosexualidad/heterosexualidad. Porque el amor vulgar, se trate de mujeres o de mancebos, se caracteriza por estar centrado más en los cuerpos que en las almas, mientras que en el amor celeste es al contrario, aunque aquí sólo intervengan los varones. De ello se deduce que, según

Pausanias, no cabe hablar de amor celeste entre hombre y mujer. Para que Urania, la diosa de este amor bello, se apodere de los amantes, es preciso que reine entre ellos la temperancia, además de tener que estar dotados los dos de suficiente entendimiento. Pausanias aconseja, incluso a los seguidores de Urania, que se enamoren del muchacho cuando en éste haya despuntado la barba. De este modo, dan muestras de que "a partir de este momento están dispuestos a tener relaciones con el amado durante toda la vida y a vivir en común con él, en vez de engañarle, por haberle cogido en la inexperiencia de su juventud".

Michel Foucault ha señalado, en el segundo de los volúmenes de su *Historia de la sexualidad*, titulado *El uso de los placeres*, la ambigüedad del estatuto del muchacho en la Grecia antigua. No es un esclavo, ni una mujer, ni un niño. La relación con él es "casi" de tú a tú. "Por un lado, al joven se le reconoce como objeto de placer —y aun como el único objeto honorable y legítimo entre las parejas mascu-

